

Michel Onfray

Cosmos

Por una ética sin moral

Traducción de Alcira Bixio

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – Argentina

Título original: *Cosmos. Une ontologie matérialiste*

Publicado originalmente en francés por Flammarion (París)

Diseño de portada: Gustavo Macri

Imagen de portada: adaptación de Sun Tunnels (1973-1976), de Nancy Holt, por Gustavo Macri

© 2015, Michel Onfray y Flammarion

© 2016, Traducción: Alcira Bixio

© 2016, Editorial Paidós SAICF- Buenos Aires, Argentina

Derechos reservados

© 2018, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PAIDÓS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Primera edición impresa en España: marzo de 2016

ISBN: 978-950-12-9338-8

Primera edición impresa en México: mayo de 2018

ISBN: 978-607-747-519-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

*Ir más allá del “yo mismo” y del “tú mismo”, experimentar de una
manera cósmica.*

NIETZSCHE, *Fragmentos póstumos*

Índice

Prefacio	11
Introducción. Una ontología materialista	21

PRIMERA PARTE

El tiempo. Una forma a priori de lo vivo

Introducción. El tiempo	27
1. Las formas líquidas del tiempo	31
2. Las <i>Geórgicas</i> del alma	53
3. Pasado mañana, mañana será ayer	65
4. El plegado de las fuerzas en formas.....	83
5. La construcción de un contratiempo.....	97

SEGUNDA PARTE

La vida. La fuerza de la fuerza

Introducción. La vida	113
6. Botánica de la voluntad de poder	119
7. Filosofía de la anguila lucífuga	139
8. El mundo como voluntad y como depredación	151
9. Teoría del estiércol espiritual.....	165
10. Contener los vértigos vitalistas	179

Michel Onfray

TERCERA PARTE

El animal. Un alter ego desemejante

Introducción. El animal.....	199
11. Epifanía de la bestia judeocristiana.....	203
12. La transformación del animal en bestia.....	217
13. El surgimiento de los animales no humanos.....	227
14. Quien quiere hacerse la bestia se hace el ángel.....	239
15. Espejo quebrado de la tauromaquia.....	263

CUARTA PARTE

El cosmos. Una ética del universo arrugado

Introducción. El cosmos.....	283
16. Permanencia del Sol Invicto.....	289
17. El cristianismo, un chamanismo solar.....	301
18. La construcción del cielo cristiano.....	317
19. El olvido nihilista del cosmos.....	329
20. Un epicureísmo trascendental.....	345

QUINTA PARTE

Lo sublime. La experiencia de la vastedad

Introducción. Lo sublime.....	361
21. La experiencia poética del mundo.....	367
22. La cena del arte contemporáneo.....	385
23. Estética del sentido de la tierra.....	397
24. Lo sublime de la naturaleza.....	411
25. Hacer llorar a las piedras.....	427
Conclusión. La sabiduría, una ética sin moral.....	439
Bibliografía de los libros que acercan al mundo.....	445
Índice onomástico y analítico.....	463

Prefacio

LA MUERTE. EL COSMOS NOS REUNIRÁ

Mi padre murió en mis brazos, veinte minutos después de que comenzara la noche de Adviento, de pie, como un roble alcanzado por un rayo, que, golpeado por el destino, hubiera tolerado caer al fin, pero sin dejar de rehusarse. Lo tomé en mis brazos, desarraigado de la tierra que de pronto había abandonado, y lo alcé como Eneas alzó a su padre al salir de Troya. Luego, lo senté contra un muro y entonces, cuando estuvo claro que ya no volvería en sí, lo acosté a lo largo en el suelo como si lo extendiera en el lecho de la nada a la que parecía haberse unido sin darse cuenta.

En unos segundos, había perdido a mi padre. Lo que con tanta frecuencia había temido estaba ocurriendo, en mi presencia. Nunca partí a dar una conferencia a Australia, India, Japón, Estados Unidos, América del Sur o África, sin pensar en que él podía morir en mi ausencia. Pensaba entonces con horror que tendría que hacer un largo regreso en avión hacia él sabiendo que ya estaba muerto. Pues bien, él moría aquí, conmigo, en mis brazos, solos los dos. Gozaba de mi presencia para abandonar el mundo, dejándomelo a mí.

Habiendo permanecido soltero largo tiempo, mi padre alcanzó esta condición tardíamente, a los 38 años. Cuando yo tenía 10, él tenía, pues, 48; 58 cuando cumplí los 20; vale decir, a los ojos de los niños y los adolescentes de mi edad, un señor mayor, a quien, cuando estuve interno en el colegio, mis congéneres a veces creían mi abuelo. Compartir esa mirada de los otros que hacían de él mi abuelo y no mi padre era traicionarlo; no compartirla era ser un *hijo de viejo*, como dicen los niños, que se mueven en la crueldad como la piraña en el

agua. Tener un padre añoso obliga, de joven, a hacer frente a la maldad de los camaradas; más tarde uno comprende que ha tenido suerte: uno descubre entonces que tiene un padre sensato, asentado, calmo, sereno, despojado de las afectaciones de los años jóvenes, que ha vivido lo suficiente para no ser el incauto que se deja marear por los espejuelos de colores que la sociedad ofrece por todas partes.

Llegué a ser el hijo de mi padre cuando comprendí que él vivía su vida sin preocuparse por ajustarse a las modas que por entonces querían padres modernos y padres que vistieran las mismas ropas que sus hijos —*shorts*, zapatillas, camisas estampadas o conjuntos deportivos—, padres que hablaran el mismo lenguaje suelto que ellos, padres compinches, cómplices y bromistas; padres camaradas, padres indolentes, padres niños o adolescentes, padres sin terminar... Yo tuve la suerte de que mi padre fuera como los padres que existían antes de que se convirtieran en los hijos de sus hijos.

Mi padre tenía ropa de trabajo y ropa de domingo. La moda no intervenía para nada en este asunto: el mono de trabajo, el lustre y el olor de la tela engomada que iba perdiendo color con el tiempo, la gorra, el pantalón, la chaqueta en armonía de color con sus ojos. La panoplia de domingo era simple y modesta: pantalón, chaqueta, zapatos, pulóver de cuello en “V”, corbata. Durante la semana, para el trabajo, un reloj de bolsillo; el domingo, uno de pulsera. Para “todos los días”, los olores de la granja que llevaba consigo, aromas felices durante la siega, salvo los días de esparcimiento. Los domingos, el perfume, una sencilla agua de colonia con que se friccionaba la cara después de afeitarse en el fregadero de la cocina (no teníamos cuarto de baño).

Sin saberlo, me enseñaba así, no mediante lecciones ostentosas, sino con el ejemplo, que él vivía en el tiempo de Virgilio: el tiempo del trabajo y el tiempo del reposo. Insensible a los tiempos de la moda, los tiempos modernos, los tiempos apresurados, los tiempos de la urgencia, los tiempos de la precipitación, los tiempos de la velocidad y los tiempos de la impaciencia, todos tiempos de las cosas mal hechas, mi padre vivía en el tiempo contemporáneo de las *Bucólicas*, tiempo de los trabajos campestres y de las abejas, el tiempo de las estaciones y de los animales, el tiempo de las siembras y de las cosechas, tiempo del nacimiento y tiempo de la muerte, tiempo de los hijos bien presentes y tiempo de los ancestros desaparecidos.

Nada habría podido hacerle renunciar a esa relación con el tiempo en la que los antepasados tenían un lugar preponderante, hasta más sobresaliente que el de algunos vivos. No es que hiciera un culto de sus padres o sus abuelos de manera fetichista y lacrimosa, sino que, cuando

Prefacio

hablaba de su padre, cuando se refería al *padre Onfray*, uno sentía que estaba trayendo de tiempos lejanos una palabra autorizada, una palabra de peso y fuerte, poderosa, una palabra contemporánea de la época en que las palabras tenían un sentido: las palabras dadas tenían valor de juramento y las cosas dichas, fuerza de ley. Mi padre, que hablaba poco, cuando yo era niño me enseñó lo que en verdad quiere decir hablar.

Tenía con la vida una relación directa, pagana y cristiana a la vez. Cristiana, porque había sido criado en la fe católica, porque había sido monaguillo en la iglesia donde se casaron sus padres, donde él fue bautizado, donde se casó, donde enterró a su padre y luego a su madre, donde fuimos bautizados mi hermano y yo, donde mi hermano y yo, como él y su hermano, tomamos la primera comunión, donde él enterró a su hermano, donde asistió a los casamientos y las inhumaciones de los amigos, de la familia, de los vecinos, donde también fue él mismo enterrado y donde yo no lo seré, pues, siento decirlo, hay límites para el ecumenismo. Cuando yo estudiaba el catecismo y tenía que hacer –concesión de la época– dibujos de escenas de la historia santa con lápices de colores, él era quien me contaba de los Reyes Magos y la estrella fugaz que los conducía, la Navidad en el establo con el buey y el asno, la huida a Egipto, la masacre de los inocentes, la pesca milagrosa en el lago Tiberíades, los apóstoles y la traición de Judas, la última cena y el gallo que debía cantar tres veces, el romano que clavó su lanza en el flanco de Cristo, etc.

Pero no iba a misa los domingos, no se confesaba (no habría tenido ningún pecado del que arrepentirse), nunca lo vi comulgar. Tengo el vago y muy remoto recuerdo de haber asistido con él a la misa de gallo, aunque pocas veces y por poco tiempo. En cambio, nunca se perdía la misa del Domingo de Ramos. Me complace que esta ceremonia cristiana de orígenes paganos haya sido la suya. Se sabe que, como prólogo de la Pasión, Jesús regresa a Jerusalén, donde una multitud lo recibe con fervor y tapiza el suelo que va a pisar con ramas de palmera, que han pasado a ser el símbolo de la victoria de Cristo sobre la muerte. Durante la huida a Egipto, la sagrada familia alimenta al niño Jesús con dátiles que recoge de una palmera. La palmera como signo de acogida y buen recibimiento remite a una ceremonia pagana que celebraba la renovación de la vegetación y facilitaba su fecundidad. La fiesta cristiana de ramos esconde así la fiesta pagana de la promesa de prosperidad. Mi padre regresaba con un ramo de boj bendito. Lejos de las regiones mediterráneas, el boj ha reemplazado la hoja de palma: como se conserva verde en invierno, simboliza la promesa de inmortalidad. Mi padre separaba una o dos ramitas, que colocaba entre la

madera del crucifijo y la figura del cuerpo de Cristo. Otra ramita iba a parar al 2CV, junto a un medallón de san Cristóbal.

Santurrón, beato, creyente, practicante... son cosas que mi padre nunca fue. Lo que le gustaba del catolicismo, al menos es lo que yo creo, es que fuera *la religión de su rey y de su nodriza*, para citar a Descartes, por más que mi padre no tuviera ni rey ni nodriza. La religión cristiana era para él lo que vinculaba a las personas y mi padre no hizo en toda su vida nada que pudiera separarlas. La religión era promesa de paz, de perdón, de benevolencia, de amor al prójimo, de indulgencia, de bondad, de ternura, de clemencia, todas virtudes que él practicaba y cuyos opuestos ignoraba.

Mi padre era cristiano según Jesús, el hombre de los pequeños y los humildes, y no según Pablo, el hombre de la espada y del Vaticano. Mi madre, en cambio, amaba a los papas. Había hecho un marco para encuadrar la imagen de Juan XXIII que presidía el hogar, colocada sobre un mueble. A mi padre eso no le molestaba en absoluto. Practicaba las virtudes evangélicas, despreocupado de la Iglesia. Los últimos años de su vida, ya no iba a la misa de ramos ni a depositar ramas de boj sobre las tumbas amadas; su alma material probablemente ya sentía que pronto se desharía para siempre.

En él, el paganismo se manifestaba en su relación con la naturaleza, que era la de un sismógrafo. Conocía numerosos dichos surgidos de una sabiduría popular empírica milenaria. Nada de lo que constituye el alfabeto de la naturaleza le era ajeno: el color de la luna, la claridad del halo que la envuelve, el perfume del ozono antes de una tormenta, la distancia del rayo calculado por el tiempo transcurrido entre el fulgor del relámpago y el ruido del trueno, la altura del vuelo de las golondrinas anunciadoras de la tormenta, su alineamiento sobre los cables eléctricos antes de la partida migratoria, el crecimiento de los primeros pimpollos, la llegada de la primavera, los ciclos lunares, la diferencia entre la luna creciente y la menguante, la fase ascendente y la descendente, las promesas de cada nube, la nieve acumulada sobre un talud que espera más nieve, la orientación del musgo sobre los árboles, la hora del canto del gallo y las estrellas.

Recuerdo una noche en que me hizo salir al umbral de la puerta para narrarme el cielo: la Osa Mayor, la Osa Menor, el Carro Mayor y el Carro Menor; aquí, una cacerola; ahí, un zorro que lleva una oca en la boca; en tal lugar, un pez volador; en tal otro, una paloma. Y después me enseñó el tiempo y la duración, la eternidad y lo infinito, explicándome que ciertas estrellas muy lejanas habían enviado su luz miles de años antes y que nosotros la percibíamos solo ahora, cuando ellas ya habían muerto hacía millones de años.

Prefacio

Descubrir de esta manera la inmensidad del tiempo y la pequeñez de nuestras vidas es aprender lo sublime, descubrirlo y tender a querer hacerse un lugar en él. Simplemente mi padre me ofrecía así un ejercicio espiritual de primera calidad para encontrar mi lugar justo en el cosmos, el mundo, la naturaleza y, por lo tanto, también entre los hombres. *Subir al cielo*, según la expresión consagrada por el catecismo, también podía entenderse, pues, de manera pagana, inmanente o, para decirlo con una palabra que conviene perfectamente, filosófica. El cielo estrellado ofrece una lección de sabiduría a quien sabe mirarlo: perderse en él es encontrarse.

La Estrella Polar desempeñaba un papel importante en esta lección de sabiduría. Mi padre, que nunca daba ninguna lección de moral que no fuera vivir moralmente, me enseñó que esta estrella es la primera que se eleva y la última que se retira, que indica infaliblemente el Norte, en cualquier circunstancia y que, cuando uno está perdido, basta con mirarla, pues ella nos salva mostrándonos el rumbo por seguir. Lección de astronomía, por cierto, pero también de filosofía; mejor aún, lección de sabiduría. Saber que nos hace falta un punto de referencia existencial para poder llevar una vida digna de ese nombre: esto es lo que le daba al niño que yo era entonces una columna vertebral para enroscar su ser.

Él y yo teníamos una historia con la Estrella Polar. Cuando yo tenía 8 o 9 años, en un campo donde lo ayudaba a plantar patatas, él cavaba hoyos regulares con su azada y yo metía en cada uno una patata, a veces también al lado. Él, doblado en dos, con las piernas rectas, avanzaba regularmente, como una máquina bien ajustada, bien aceitada; yo arrastraba como podía mi canasta que rascaba la tierra. Él iba callado, yo hablaba todo el tiempo y a veces él me lo reprochaba amablemente. Las alondras cantaban sobre nuestras cabezas y, de vez en cuando, ya desgañitadas, se dejaban caer pesadamente desde el cielo.

Un avión dejaba una estela en el azul del cielo; yo le preguntaba a mi padre adónde iría si algún día dispusiera de un pasaje de avión gratuito. Pregunta descabellada en aquella época en que el dinero faltaba en la casa para las cosas más elementales y donde yo, hijo de peón agrícola y empleada doméstica, tenía pocas probabilidades sociológicas de corporizar algún día ese deseo, y mucho menos de cumplirle uno a ese cuerpo de mi padre que nunca manifestaba ninguno. Él no tenía nada, por lo tanto poseía todo. Entonces, ¿para qué ambicionar otra cosa? Los regalos del día del padre tropezaban con esta ascesis. ¿Un libro? No leía. ¿Un disco? No escuchaba música. ¿Una bufanda? Nunca usaba. ¿Una corbata? Ya tenía una. ¿Una botella de vino o de

champán? No bebía. ¿Cigarros? Él mismo se armaba sus cigarrillos, única frivolidad de la que podía alardear, con papel maíz Gitanes los domingos y un cigarro los días de fiesta. No había dinero para restaurantes ni para cine ni para teatro; nunca se tomaba vacaciones y cuando lo hacía era para ir a trabajar a otra granja.

Mi padre no eludió la pregunta y hasta me respondió: “Al Polo Norte”. Ya no recuerdo mi reacción. Probablemente el asombro y ciertamente un “¿por qué?” al que él no habrá respondido (yo lo recordaría). Años después, en 1981, él acababa de cumplir los 60 y el médico le había diagnosticado angina de pecho y después le prescribió un doble *by-pass* coronario. En el cuarto de hospital donde yo, todavía y para siempre, tenía 22 años e ignoraba el sabio arte de callar, le hablaba. Le recordaba aquella pregunta y le preguntaba si recordaba su respuesta. Él reiteró: “Sí, seguro: el Polo Norte...”. Por supuesto, le pregunté por qué y obtuve una respuesta del tipo “No sé... Porque sí”.

Veinte años después, feliz de que mi padre hubiera alcanzado esa edad, le propuse un viaje al Polo Norte como regalo por sus 80 años. Acercarnos a nuestra Estrella Polar. Él, que nunca había salido de su pueblo, que jamás había volado en avión, que nunca se había alejado de mi madre más de un día, aceptó. Y fuimos. Vimos el Polo Norte, osos blancos, icebergs, los inuits, geologías lunares, aguas de todos los colores posibles, del turquesa al azul de ultramar, del gris al negro, del verde al violeta; comimos foca cruda, nos manchamos la boca con sangre fresca, él también devoró hígado crudo, cortó en dos el ojo del animal varado para sorber el cristalino, comimos salmón ahumado, secado a la intemperie; masticamos piel de horca y sonreímos mil veces a inuits desdentados, sentados alrededor de una hoguera; vimos el soplido de un cetáceo que asomó a la superficie del agua, aunque no vimos ballenas; hubo pájaros que nos acariciaron en sus largos vuelos rasantes, chillando sobre nuestras cabezas. He contado esta historia en un librito llamado *Estética del Polo Norte*.

Decepcionado de buenas a primeras, mi padre no vio lo que tal vez había esperado: los iglúes de hielo han dado paso a casas de madera, todas coronadas con antenas parabólicas; los kayaks y sus remeros fueron reemplazados por barcos de motor; los perros de los trineos, por poderosas 4 x 4 y atronadores cuatriciclos; aquel verano el recalentamiento del planeta había hecho derretir el hielo y dejado al descubierto la tierra polvorienta que se arremolinaba por el incesante ir y venir de los vehículos de motor; los inuits mitológicos habían sido sustituidos por inuits cebados de azúcar. Obesos, desdentados, bebedores de Coca, fumadores, en busca del hachís traído en las maletas por los visi-

Prefacio

tantes. Esa no es mi sustancia; justamente yo había llevado una botella de Yquem para festejar el cumpleaños; los chamanes familiares del espíritu de los animales, de las piedras y de los muertos ya no existen y fueron reemplazados por evangelistas comedores de hostias.

El Norte había perdido el norte. Yo acabé lamentando haber organizado ese viaje y, mirando un iceberg, a lo lejos, desde lo alto de una pequeña loma frente al mar azul, casi negro, recordé esta frase de Schopenhauer: “El deseo nunca cumple sus promesas”. Mi padre finalmente me había dado una respuesta a aquella pregunta: “¿Por qué?”. Cuando era joven, en su cuarto de peón agrícola que compartía con los animales y en el que, en invierno, el agua se helaba en el barreño, había leído a Paul-Émile Victor. Imagino, en efecto, lo exótica que sería para mi padre, cuyo apellido escandinavo atestigua diez siglos de presencia en tierra normanda con vikingos en el árbol genealógico, aquella tierra hiperbórea, fuente de fuentes, genealogía de genealogías.

Pero, si bien mi padre se sintió decepcionado un tiempo de no ver lo que había ido a ver, por otro lado vio lo que no había previsto ver: un día en que el mal tiempo y la presencia de un oso nos impedían salir de nuestra cabaña, el inuit que nos hacía de guía, Atata (“Papa” en inuktitut) se puso a contarnos la mitología de su pueblo. En un saco de piel de foca, sumergió un cordel hecho con los tendones del animal para enganchar al azar los huesos del mamífero, sacarlos, colocarlos sobre la mesa y contar historias. Mezclaba mitos y anécdotas concierne a su vida y a su aldea. Hablaba en su lengua; dos de los marinos que trabajaban con él lo traducían al inglés y nosotros, al francés.

Atata, que tenía la cara burilada por el frío y la luz, lisa, chata, solo hendida horizontalmente por los ojos, Atata, el viejo, el anciano de la aldea, Atata, que era a medias chamán, a medias pastor, Atata, que era el patrón de sus dos marinos, Atata pronunció algunas palabras temblorosas, dejó de hablar interrumpido por un sollozo en la voz e hizo silencio, un silencio que duró una eternidad; luego pegó con el puño en la mesa antes de secarse las lágrimas. El rudo personaje, septuagenario, que había tenido para mi padre, de más edad que él, todos los miramientos debidos a los ancianos y que una noche, en una isla, en medio de las piedras, cerca de una hoguera, le acercó una silla, salida de la nada, para que mi padre se sentara, Atata, pues, paralizó la reunión. Los intérpretes del inuktitut al inglés se habían callado. Un largo silencio de muerte invadió la pequeña cabaña de madera que el oso podría haber derribado de un solo zarpazo.

El inuit desdentado dio la explicación: el anciano contaba una historia terrible. En el momento de la Guerra Fría, cuando Estados Uni-

dos y la Unión Soviética consideraban la posibilidad de una guerra nuclear, el Polo Norte era una zona estratégica. Además, una base en Groenlandia había permitido que los estadounidenses avanzaran con su armamento: un bombardero cargado con sus bombas atómicas que, para colmo, había fallado en el aterrizaje y había terminado deslizándose bajo el hielo, llevando consigo sus armas de muerte.

En aquella época, los estadounidenses habían deportado a los pobladores inuits con el propósito de que ocuparan la región que se extiende más al norte: las familias, las mujeres, los ancianos, los niños y sus escasos utensilios de caza y de pesca, sus kayaks, sus perros y sus trineos. Lo que no habían tenido en cuenta es que, más cerca del Polo, el hielo es más grueso y, por lo tanto, imposible de perforar para poder pescar. Los inuits emprendieron su regreso al sur para no morir de hambre o, en realidad, directamente para no morir, puesto que la foca les da todo: los alimenta, les da refugio (sus intestinos sirven como vidrios para parar el viento), los viste (los nervios son el hilo con que se cosen las pieles) y les permite desplazarse (la piel de foca envuelve el kayak).

Cuando los estadounidenses comprobaron que los inuits estaban realizando ese trayecto en sentido inverso, reiniciaron las deportaciones hacia el norte. Nuevamente las familias, las mujeres, los ancianos debieron partir con los escasos utensilios de caza y pesca, los kayaks, los perros y los trineos. Solo que esta vez, para impedir que ese pueblo regresara a sus lugares de caza y de pesca situados más al sur, el ejército estadounidense le mató los perros y los empaló. El relato de aquel asesinato de los perros había desencadenado el llanto de Atata, medio siglo más tarde.

Mi padre, que no vio lo que había ido a ver, vio lo que no había ido a ver: la narración del fin de un pueblo, de una civilización, de un mundo. Atata era al mar y a los perros lo que mi padre era a la tierra y a los caballos. Esos hombres nunca se habían separado de la naturaleza, sabían que eran fragmentos de ella y toda su sabiduría procedía de esa evidencia. Atata lloraba sus perros empalados como yo recuerdo haber visto un día a mi padre, emocionado hasta las lágrimas, contarme que un caballo al que él amaba (tal vez fuera Coquette; él hablaba con frecuencia de sus caballos y solo recuerdo este nombre) y con el que trabajaba en los surcos, un día cayó muerto en el campo, derribado instantáneamente por una crisis cardíaca.

Ese momento tendió un vínculo entre Atata y mi padre. Desde entonces y hasta el fin del viaje, el inuit y el normando se sonreían, se miraban, se hablaban sin comprenderse verbalmente pero sabiendo que a la verdadera comprensión la tienen sin cuidado las palabras, el

Prefacio

verbo y los discursos. El mundo del hiperbóreo y el del vikingo eran un único y mismo mundo. Yo era testigo de esa ósmosis, de esa simbiosis de dos hombres que, sabios, tenían claro que constituían una pequeña parte del gran cosmos, un saber que lleva a lo sublime a quien lo posee. Esta lección se me había impartido, como las demás, sin otros efectos. Algunos días después, mi padre partió con Atata en una frágil embarcación para visitar una pequeña isla cercana. Permanecí en la orilla y cuando los vi regresar envueltos en la bruma que los desdibujaba, tuve la impresión de que ese viaje me mostraba lo que sería el paso de la laguna Estigia para mi padre. Tragado por la neblina, reducido a la nada, desaparecido.

La noche de la muerte de mi padre, los dos habíamos asado castañas en la chimenea de mi casa de Chambois. Él había bebido sidra. Luego champán, al final de la comida. Cuando me manifestó su deseo de volver a su casa, le subí el cierre de cremallera de su abrigo, le ajusté su bufanda, y lo acompañé. Acababa de salir muy bien de una operación de rodilla, pero se sentía fatigado. Tomamos el camino que conduce a su casa. Menos de un centenar de metros. Pasamos frente al pórtico de la iglesia. Hay una plaza pequeña, con su monumento a los muertos, en la cuesta que conduce a la callejuela de la casa donde mi padre nació, sobre la mesa de la cocina, el 29 de enero de 1921.

En el medio de esta plazoleta, mi padre se detuvo. Yo lo llevaba del brazo aunque él no tenía necesidad de ese apoyo. Me dijo: “Tengo que sonarme la nariz”. Y se sonó con su gran pañuelo a cuadros. Un pequeño soplido, seguido de otro y luego de un tercero. Guardó el pañuelo en el bolsillo. Mientras tanto, yo levanté la mirada al cielo buscando la Estrella Polar. El cielo estaba de un color pardo, una mezcla del negro de la noche y el anaranjado de las luces públicas, un tono feo, indefinible, que ahoga la belleza del cosmos en la palidez eléctrica de la civilización. Le dije: “Esta noche no veremos la Estrella Polar...”. Y él me respondió: “No, esta noche el cielo está cubierto...”. Después de eso, él murió de pie; lo recosté en la nada; sus bellos ojos azules la miraban fijamente. Dos meses más tarde, él habría cumplido 89 años.

No creo en el alma inmortal, en su partida hacia el cielo; no creo en ninguno de los relatos religiosos que querrían hacernos creer que la muerte no es y que la vida continúa cuando la nada lo ha tomado todo; no creo en ninguna idea que, de cerca o de lejos, se parezca a la metempsicosis o a la metensomatosis; no creo en los signos *post mortem*. Pero creo, por haberlo vivido, experimentado, que aquella noche, en aquel momento, en aquella ocasión, mi padre me transmitió su legado. Me invitó a la rectitud contra los atajos, a la derechura contra

Michel Onfray

el zigzag, a las lecciones de la naturaleza contra los extravíos de la cultura, a la vida de pie, a la palabra plena, a la riqueza de una sabiduría vivida. Me da una fuerza que no tiene nombre, una fuerza que obliga y que no autoriza.

La lluvia de diciembre azotaba la aldea el día de su entierro. Un día de semana, la iglesia llena. Había personas que permanecían fuera, en la plazoleta, bajo el agua durante el oficio, celebrado por dos sacerdotes amigos; uno, cura obrero, para celebrar la vida ruda de los trabajadores, rendir homenaje a la gente de los oficios agotadores para el cuerpo; el otro, dominico, para expresar la fuerza de la meditación, la potencia de la espiritualidad, la dignidad del trabajo intelectual, también edificante, de la lectura de textos que inviten a la vida recta.

En el pequeño cementerio de su pueblo natal, mi aldea natal, me quedé solo al borde de la tumba donde mi padre se reencontraba con su propio padre y con su madre, no lejos de su hermano. Los amigos, la familia, habían regresado a mi casa. Pasados cincuenta años, lo que había mejorado en mí se lo debía a él, y lo que me faltaba para ser aún mejor podía lograrlo con los medios que él me legaba. Era su herencia: una fuerza serena, una calma determinación, una potencia suave, una sólida soledad. Como suele decirse, lo que se hereda se merece. Es cierto, *Cosmos* es un libro escrito por mí, para mí, a fin de merecer ese legado. Pero el lector también tiene en él su lugar. El cosmos, si bien termina sin bordes, es el centro alrededor del cual evolucionamos un tiempo antes de desaparecer muy rápidamente. La muerte nos reunirá en la nada.

Caen, lugar de la Resistencia.

Viernes 8 de agosto de 2014,

primer aniversario de la muerte de Marie-Claude.

Introducción.

Una ontología materialista

Cosmos es mi primer libro. Al día de hoy, he publicado más de ochenta libros sobre numerosos temas: la ética, la estética, la bioética, la política, lo erótico, la religión, el psicoanálisis, la gastrosofía; aunque también haikus, prosas poéticas, relatos de viajes, una decena de obras sobre pintores contemporáneos, algunos libros de crónicas sobre la actualidad, varios volúmenes de un diario hedonista, una obra historiográfica de más de diez tomos de contrahistoria de la filosofía, pero, en realidad, tengo la impresión de que *Cosmos* es mi primer libro.

Ciertamente, hicieron falta todos esos libros pasados para converger en este, como ríos que un día desembocan en el mar. También hizo falta que muriera mi padre, como acontecimiento mayor de mi vida que la corta en dos, y no hablo aquí de la muerte de mi compañera, ocurrida poco después y que hace que aquello que quedó cortado en dos se vuelva inútil e incierto. Ante la tumba abierta de mi padre y de cara al féretro apoyado sobre la loza de cemento (siento nostalgia del tiempo en que el cuerpo se depositaba sobre la tierra misma, para fundirse con ella, deshacerse y descomponerse en ella) de la bóveda familiar, tuve que afrontar lo que una estúpida expresión llama *hacer el duelo*.

Hacer la cama, hacer la compra, hacer la limpieza, hacer sitio, hacer silencio, hacer sombra, ciertamente; pero *¡hacer el duelo!* Uno nunca hace el duelo, *uno sobrevive*, porque tiene que hacerlo, porque está en el orden de las cosas perder a un anciano padre; o bien por debilidad, cuando se trata de una compañera desaparecida demasiado joven y atormentado por la idea, uno no ha tenido el coraje de reunirse con

ella en la nada inmediatamente después de ordenar sus asuntos. Uno, pues, continúa viviendo como sigue corriendo la gallina a la que le han cortado el cogote, por hábito, por reflejo; uno sobrevive mecánicamente; uno dice “sí” por falta de fuerzas para decir “no”; uno se resigna; compone mientras el otro se descompone y uno se reprocha ese componer, pues la materia con la que uno debe componer parece tan fútil, tan irrisoria, tan insignificante.

Cada uno hace lo que puede y ninguna situación se parece a otra: la muerte de un bebé de pocos días o la de un hombre casi centenario, la de un desconocido, la de un abuelo querido, la de un hijo y la de un vecino, el suicidio o el asesinato, el accidente o la larga enfermedad, la persona a la que uno amaba, aquella a la que uno amaba menos, aquel al que uno conocía bien, aquel al que veíamos rara vez, cada caso es diferente. Así como es diferente el momento de la vida en el que nos golpea esa muerte: la de uno de los padres cuando uno tiene 10 años; la de un hijo de 8 días cuando uno tiene 20, o de 40 cuando uno tiene 65; la que lo deja desamparado en el umbral de la vida, a los 15 años; la que uno sabía ineluctable cuando ha pasado cierta edad y tiene padres ancianos.

La muerte de alguien a quien uno ama, cuando uno procura llevar una vida filosófica, es una experiencia de un género particular, pues pone a prueba lo que uno piensa sobre ese tema general que se vuelve muy concreto, nuestro objeto de reflexión. La muerte abordada como la muerte del prójimo pasa a ser la muerte de tal persona o, para utilizar las categorías de Jankélévitch, la muerte en segunda persona: *tú mueres*, o en tercera persona, la de un tercero lejano, *él muere*. Meditar sobre el *Fedón* de Platón no nos hace más efecto, si uno no cree en Dios, que leer los Evangelios, que aseguran que, cuando el cuerpo muere, el alma inmortal sobrevive y conoce una vida eterna. Por más que uno haya leído las consolaciones estoicas de los filósofos antiguos y conozca sus argumentos: la muerte concierne a cada uno, de nada sirve ofuscarse, es inevitable, de nada sirve rechazarla, la muerte es ante todo una representación sobre la cual uno tiene más poder que una verdad intrínseca, de nada sirve lamentarse insistentemente por la suerte que uno corre, no por ello el dolor disminuye. Uno puede saber lo que dice Epicuro de la muerte: que no es nada, puesto que cuando yo estoy, ella aún no está y, cuando ella llega, yo ya no estoy; uno descubre entonces que Epicuro habla solamente de la muerte en primera persona. Pero ¿y la de los otros? ¿Qué dice Epicuro de la muerte de un padre? Nada. El epicúreo Lucrecio nos da una respuesta: no hay nada que temer de una descomposición en el sentido material del término; morimos como entidad, pero sobrevivimos como átomos. ¿De qué nos

Introducción

sirve saber que sobrevivimos como cardos? Si reabro los *Ensayos* de Montaigne y las famosas páginas, encuentro a Cicerón: “Que filosofar es aprender a morir”; de acuerdo, pero ¿puede aprenderse aquello cuya característica es ser vivido, por así decirlo, una sola vez? Pienso en Schopenhauer, que nos consuela de la muerte individual diciéndonos que es el precio que debemos pagar por el carácter eterno de la especie, pero no encuentro nada reconfortante en haber hecho posible algo que me importa un bledo, porque ¡se trata de nosotros! Pienso en Nietzsche, quien cree resolver el problema invitándonos a la paciencia sideral del superhombre, convencido de que el eterno retorno de lo mismo le valdrá vivir un día la misma vida, con las mismas formas y así infinitamente, pero esperar el retorno de ciclos plurimilenarios es esperar mucho, y uno tiene tiempo de aburrirse. Uno se pone a pensar hasta en Jankélévitch, que nos entretiene hablando del tema durante quinientas páginas antes de llegar a la conclusión de que nada podemos decir del asunto y que algún día se verá, o que tal vez se vea o que directamente no se verá.

En esta cuestión, la filosofía parece muy pobre en consuelos verdaderamente eficaces. Mucha retórica, sofística en cantidad, todos los bellos razonamientos que uno pida, un rosario de ficciones consoladoras con la fuerza de los ultramundos; pero en el duelo, los cuerpos tienen razones que la razón no comprende en absoluto. Ciertamente, uno puede hallar aquí y allá ideas útiles, pero ninguna le permite recobrar eficazmente y de inmediato la posición de pie cuando ha caído de rodillas. Salvo...

Salvo cuando uno parte del principio de que la muerte es un legado, que quien ha muerto ha legado lo que fue y que cuando a uno le han tocado en suerte un padre y una compañera confinados a la santidad laica por su bondad, solo le resta rendirles el único homenaje que les corresponde: vivir según sus principios, de conformidad con lo que hacía de ellos personas amadas; no dejar morir la fuerza de existir que desplegaban en su generosidad de ser, retomándola como quien alza un estandarte caído en tierra después de un combate; actuar bajo sus miradas inexistentes y permanecer fieles a ellos encarnando sus virtudes, cultivando el arte, que ellos cultivaron, de producir cordialidad.

Transformar una catástrofe en fidelidad, he aquí lo que se propone *Cosmos*, subtítulo *Una ontología materialista*. El libro adquiere la forma de un pentagrama compuesto de pentagramas, cinco partes constituidas a su vez por cinco capítulos. Así, en la primera parte, “El tiempo. Una forma a priori de lo vivo”, presento mi interrogación sobre el *tiempo* virgiliano que fue el tiempo de mi padre, tiempo calmo

y apacible que hay que recuperar para poder habitarlo en total serenidad. Luego, en la segunda parte, “La vida. La fuerza de la fuerza”, propongo una reflexión sobre la *vida* como fuerza más allá del bien y del mal, a la cual estamos sometidos hasta en la muerte, que constituye una variación de la vida misma. En la tercera parte, “El animal. Un *alter ego* desemejante”, exploro las consecuencias de la tesis de Darwin según la cual, entre el hombre y el animal no hay diferencia de naturaleza sino de grado. En la cuarta parte, “El cosmos. Una ética del universo arrugado”, lo que hago es meditar sobre el *cosmos*, entendido como lugar genealógico inmanente y pagano de la sabiduría, que permite la coincidencia de uno consigo mismo, por lo tanto, con los otros. Por fin, en la quinta parte, “Lo sublime. La experiencia de la vastedad”, propongo una invitación a lo sublime que resulta de la tensión entre la inquietud y la atención al espectáculo del mundo concreto y la pequeñez de nuestra conciencia aguzada, sabiendo que, si bien no es gran cosa, puede hacer mucho.